

2014-12-01

Entre el espacio rural “real” y su representación contemporánea: asomos al papel de la imagen digital en el proceso de representación colectiva

Robinson Peña Carvajal
Universidad de La Salle, Bogotá, robinsoncarvajal4@hotmail.com

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/tr>

Citación recomendada

Peña Carvajal, Robinson (2014) "Entre el espacio rural “real” y su representación contemporánea: asomos al papel de la imagen digital en el proceso de representación colectiva," *Traza*: No. 10 , Article 3.
Disponible en:

This Artículo de investigación is brought to you for free and open access by Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Traza by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Entre el espacio rural “real” y su representación contemporánea: asomos al papel de la imagen digital en el proceso de representación colectiva

Recibido: 5 de septiembre de 2014

Aceptado: 5 de diciembre de 2014

Cómo citar este artículo: Peña Carvajal, R. (2014). Entre el espacio rural “real” y su representación contemporánea: asomos al papel de la imagen digital en el proceso de representación colectiva. *Traza*, (10), 28-37.

Robinson Peña Carvajal*

Resumen

A la luz del presente escrito, se propone reflexionar en torno a las relaciones entre las imágenes digitales y la representación colectiva del espacio rural en el mundo contemporáneo. Frente a este propósito, se plantean, en primer lugar, algunas reflexiones en cuanto al cambio en el proceso de representación social en el escenario actual, signado por la incorporación de tecnologías e imágenes digitales en la vida cotidiana. Posteriormente, se intentará ahondar en la relación que existe entre las imágenes digitales del espacio rural, promovidas por los desarrolladores de proyectos de urbanización en áreas rurales, y el proceso de apropiación y dominación del espacio desarrollado por el movimiento neorrural.

Palabras clave: espacio rural, proceso de representación, imágenes digitales, neorruralismo.

*Ingeniero agroindustrial, magíster en Desarrollo Rural, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia, y candidato a magíster en Antropología, Universidad de Buenos Aires, Argentina. Catedrático en la Facultad de Ciencias del Hábitat, Universidad de La Salle, Bogotá. Correo electrónico: robinson-carvajal4@hotmail.com

Nota. A menos que se indique lo contrario, todas las figuras son del autor del artículo.



Between the “Actual” Rural Space and its Contemporary Representation: Glimpses of the Role of Digital Imaging in the Process of Collective Representation

Abstract

In light of this paper, we propose reflecting on the relationships between digital images and the collective representation of rural areas in the contemporary world. Given this purpose, we propose, first, some thoughts regarding the change in the process of social representation in the current scenario, marked by the incorporation of technologies and digital images in everyday life. Then, we will attempt to delve into the relationship between the digital images of the rural space, promoted by the developers of urbanization projects, and the process of appropriation and domination of the space developed by the neo-rural movement.

Keywords: rural space, representation process, digital images, neo-ruralism.

El tiempo y el espacio morirán mañana. Vivimos ya en lo absoluto porque ya hemos creado la eterna velocidad omnipresente.
Marinetti, 1909

Imagen, representación y mundo contemporáneo

El mundo actual es un escenario fluido e inestable, una urdimbre en la que cotidianamente se abren caminos a la producción de nuevos sentidos y significados para lugares de tradición y en apariencia conocidos. Diariamente, la fuerza del hábito se ve transgredida y se fomentan procesos de representación colectiva, alentados por la fuerza de las tecnologías e imágenes digitales, que actúan con potencia en el seno de nuestras experiencias del tiempo y el espacio. Complejidad, flujos, redes, caos y transgresión son atributos de un nuevo orden cultural, que algunos denominan como capitalismo tardío; otros, informacional.¹ Cualquiera que sea el caso, adquiere relevancia intelectual toda vez que acuden a él la importancia de los medios digitales en la representación del espacio físico y sociocultural y la necesidad antropológica de abordar la imagen digital desde otra perspectiva más allá del determinismo tecnológico.

Parfraseando a David Harvey, es evidente que en un sector importante de nuestra cultura se está produciendo un desplazamiento en la sensibilidad, las prácticas y las formaciones discursivas. De un modernismo instigado por la búsqueda de un futuro mejor, en una temporalidad y espacialidad materialmente definidas, se ha pasado al posmodernismo, que se moviliza sobre los rieles del deseo y la seducción; la inmediatez de los acontecimientos, y la colonización del referente material por la imagen como acicate para la acción humana (1990, p. 81). Hoy nos movemos en medio de un flujo de imágenes sobre el espacio, especialmente rural, que prometen comunidad, identidad, libertad y seguridad, dirigidas a un público agotado de la hostilidad y el miedo del medio urbano.



Figura 1. Re-entorno

Ante todo, se trata de un cambio cualitativo en la experiencia humana, que es comprendido por Manuel Castells a partir de la concepción de sociedad flujo o sociedad en red. En esta idea se señala que los flujos de imágenes-sonidos-mensajes creados a través de las redes son elementos fundamentales en la representación de nuestra formación social, el espacio y los patrones de comunicación de nuestras sociedades. Hemos dejado la galaxia del referente material hace tiempo, y ahora vivimos en “una colección de constelaciones relacionadas, hechas de universos audiovisuales especializados, que viven de los puentes formados por redes mundiales de información y entretenimiento” (Castells, 1994, p. 21).

Ahora bien, debido a la abigarrada cantidad de formas a las que se ajusta la imagen digital en los teléfonos móviles, las computadoras y tabletas, y a la velocidad con que se incorporan en las rutinas de la vida cotidiana, la imagen digital provee ahora más que nunca recursos y materia prima para excitar la producción de sentido en el proyecto social cotidiano. El papel de la imagen es fundante en la producción de la realidad.

No solo ahora, sino tal vez desde nuestros primeros asomos como sociedad, la imagen ha sido el sustento predilecto para la construcción de proyectos de vida concretos por parte de individuos y colectivos socioculturales. La imagen es vivida y construida en lo íntimo y público, en lo externo es recibida desde la percepción, y construida en el fuero más íntimo de nuestro ser, al amparo de las imágenes construidas sobre el yo y el otro, sobre lo propio y lo ajeno. Resulta, entonces, maravillosa la facultad del hombre para aislar de su actividad visual una unidad simbólica tan potente llamada imagen; tal como insiste Foucault, "las imágenes no son solamente conceptos o representaciones, son la realidad misma" (1973, p. 53).

Sin embargo, el hombre no es dueño de sus imágenes; en realidad, su capacidad de control y contención sobre estas es limitada. Hans Belting señala que el hombre, ante todo, es un lugar para las imágenes, una morada en la que la imagen se materializa y hace resonar todos sus significados simbólicos, llegando a poseer el lugar y a configurar la existencia humana (2007, p. 71). En verdad es una paradoja; la imagen autoconcebida termina por tomar posesión del ser que le dio origen, muy a pesar de los incesantes intentos humanos para dominarla, entre otras cosas, a partir de la creación de herramientas tecnológicas (artefactos audiovisuales).

Resulta, entonces, que las imágenes digitales que recibimos cada vez que nos conectamos a la red se apropian del referente en el proceso de significación, y producen una imagen mental. Vivimos ante un nuevo régimen de significación ampliamente sustentado en las representaciones más que en la materialidad concreta.

El sociólogo estadounidense Scott Lash aduce que un régimen de significación se constituye por dos dimensiones fundamentales. Primero, por una especie de economía cultural integrada por las relaciones de producción específicas para cada objeto, las condiciones de recepción, un marco institucional para mediar entre la producción y la recepción y un modo particular de circulación de las representaciones. En segunda instancia, está la multiplicidad de modos de significación y procesos de representación, con lo que el autor soporta la idea de que toda representación depende de una relación particular entre "el significante, el significado y el referente" (Lash, 1997, p. 20).

El significante se refiere a una imagen, un sonido o enunciado; es decir, a una representación del referente material. El significado da cuenta, principalmente, de un concepto científico, y el referente es un objeto del mundo real con el que están relacionados el significado y el significante (Lash, 1997, p. 21). Así, si bien en la Modernidad se había diferenciado y autonomizado con claridad los roles del significante, el significado y el referente en esta tríada,² en la Posmodernidad, por el contrario, se problematizan esas distinciones, en particular el estatuto y la relación entre el significante y el referente o, en otras palabras, la representación y la realidad. En suma, hablamos de un proceso en el que la representación paulatinamente ha sustituido a la realidad, sobre todo las representaciones hegemónicas del espacio se convierten en la realidad para el imaginario social de individuos y colectivos socioculturales.³



Figura 2. Movimiento y re-presentación

Se trata entonces de apuestas de vida reales basadas en imágenes, promovidas por grupos de poder y proyectadas por los medios digitales, que recibimos mientras nos movemos en el transporte público, esperamos nuestro turno en la fila o simplemente escuchamos una emisora en Internet. Este bombardeo de imágenes en el flujo de nuestros días introduce una serie de cuestiones relativas a los modos de construcción de realidad, lugar e identidad. Interroga, especialmente, a disciplinas como la antropología sobre el papel de la imagen digital y la manera como se experimentan y administran las barreras entre lo real y lo virtual, si es que queda algo en pie de lo que alguna vez fue considerado como real (Baudrillard, 1978, pp. 14-15).

De manera que la imagen digital es mucho más que un resultado de la percepción. Se manifiesta como producto de una simbolización personal y colectiva; es decir, adquiere significado y forma a partir de elecciones de vida concretas. Las formas como la imagen digital se materializa en el espacio, el cuerpo, la naturaleza y la cultura; los dispositivos que utiliza, y los poderes e intereses que la producen deben ser temas a desarrollar en el estudio de la imagen digital. Como señala el antropólogo colombiano Arturo Escobar (1994, p. 15), el abordaje de la imagen y la tecnología digital debe caracterizarse por crear una visión de ellos como constructo social, esto es, como un proceso generado a partir de prácticas y representaciones particulares, que a la vez permite la producción de prácticas y representaciones específicas. Por lo tanto, se debe pasar del determinismo tecnológico al constructivismo social para dar cuenta de las construcciones culturales en las que la imagen digital está basada, y a las cuales ayuda a dar forma y reproducir.

En conclusión, el crecimiento del proceso de significación a través de imágenes despachadas diariamente mediante los medios digitales hace que las representaciones sociales se conviertan en objetos de la percepción o, en otras palabras, que la percepción tome mayormente a las representaciones como su objeto inicial y no a la realidad material; se da así un proceso de producción de sentido y práctica sobre el espacio, por ejemplo rural, a partir de las representaciones creadas por grupos de poder y circuladas por los medios digitales. El punto clave es que en la actualidad, la imagen digital cumple un papel medular en el proceso de representación social del espacio, que nos desafía para que nos fijemos en realidades cotidianas que ya no son lejanas, ni mucho menos mayormente materiales.

Neorruralismo, imagen digital y representación del espacio rural

La ruralidad ya no es únicamente un espacio marginal signado por la homogeneidad y el atraso. Pese a la intensidad de las migraciones rurales, la pérdida de importancia de la agricultura, el crecimiento de las ciudades y, en general, la expansión de las formas urbanas y la globalización, la imagen social de la ruralidad aparece revitalizada, aun cuando a veces aluda a atributos rurales arquetípicos que están en proceso de decadencia en lo real, o incluso a ruralidades ya no existentes. De ahí que coexistan en la actualidad imágenes de atraso con otras que proyectan el espacio rural como un lugar anhelado para la vivienda y el ocio de personas de la ciudad.

La imagen, y específicamente la imagen digital, condensa en sí misma múltiples representaciones del espacio rural; atributos que aluden a lo rural como depósito de naturaleza viva, resguardo de la tradición; comunidad y voluntad natural se contraponen en la actualidad con imágenes urbanas de caos, contaminación, marginación, incesante movimiento y racionalización de la experiencia cotidiana. La imagen como unidad simbólica expresa múltiples significados que desbordan las fronteras del referente material. Así, pese a que las áreas rurales estén en decadencia en algunos municipios en los que se ofertan condominios campestres, urbanizaciones sostenibles y estilos de vida campesinos, la imagen tiene el poder para excitar la imaginación, la nostalgia de un origen rural y la utopía del retorno a lo esencial; lleva, incluso, a omitir la experiencia del espacio concreto.

Frente a tal situación, llama la atención movimientos socioculturales como los neorrurales, que, pese a la diversidad socioeconómica y cultural, comparten la característica de haber migrado de la ciudad al campo de manera voluntaria para poner en marcha un proyecto de vida pensado desde lo urbano. Algunas de sus premisas están influenciadas por imágenes digitales que prometen el paraíso en el campo de municipios cercanos a las ciudades capitales. Sobre este tema, Rivera (2009, p. 418) señala que los neorrurales comparten una representación social del campo, engendrada en la ciudad, que la emparenta con un ambiente físico y social más propicio que la ciudad para el establecimiento de unas relaciones humanas más francas, honestas, basadas en la confianza y el conocimiento mutuo; unas relaciones asociadas a la experiencia de vivir en comunidad, un espíritu comunitario en un medio natural, muy al estilo de Ferdinand Tonnies.⁴



Figura 3. ¿Fluir?

Incluso, más allá de señalar la idea de retorno al campo, es pertinente referirse a un recurso a la vida urbana; así, como afirman Hervieu y Leger, “ante la crisis, el paro, la contaminación, la burocratización generalizada de la vida social, los inmigrantes de la utopía, recorren a la tierra, a la naturaleza, a un mundo rural magnificado, símbolo de armonía, de solidaridad, de comunidad” (citados en Nogue i Font, 1988, p. 146). Sin duda, el neorruralismo es un movimiento singular que afecta el campo, los sujetos y las familias autóctonas. Las parejas receptoras de imágenes, mensajes y sonidos por medio de artefactos digitales le apuestan a un movimiento no solo espacial, sino social y cultural. En los neorrurales, en sus prácticas y significados asignados al campo, toman forma las representaciones de lo rural incubadas en la imagen.

No obstante, la realidad social se explica también en la contradicción. En la experiencia concreta de habitar en el campo, los proyectos de vida neorrural se debaten entre la crítica y la reproducción de las formas sociales urbano-capitalistas. Así, la necesidad de comodidades urbanas, el desconocimiento de la vida en el campo, un espacio rural signado por el deterioro medioambiental, la propiedad privada y el influjo de las formas sociales urbanas interrogan y, en cierto modo, contradicen las expectativas depositadas en las imágenes digitales que prometían un espacio rural para la realización del sueño bucólico. Por ello muchos de los proyectos de vida rurales diseñados desde la ciudad, al amparo de una mirada crítica de la industria y el capitalismo tardío, terminan convirtiéndose en mecanismos que garantizan la reproducción, apropiación y dominación del campo, y se termina por urbanizar las áreas rurales, justo lo que en un principio se criticaba.

De lo anterior se desprende que las representaciones sobre el espacio vehiculizadas mediante imágenes digitales permiten el desarrollo de prácticas de producción, apropiación y dominio, por parte de grupos interesados en el desarrollo de nuevos usos del suelo; por ejemplo, la urbanización rural o la agricultura capitalista. En este sentido, Henry Lefebvre insiste en no perder de vista las formas de emergencia de nuevos sistemas (reales o imaginados) de uso de la tierra, transporte y comunicaciones, organización territorial, y su vínculo directo con las nuevas modalidades de representación, como las tecnologías de la información, diseño computarizado o el dibujo. Solo desde allí es posible asistir a la naturaleza reflexiva de la producción cotidiana del espacio (citado en Harvey, 1990, pp. 246-247).

Los neorrurales expresan en el espacio rural múltiples mecanismos de apropiación. El espacio es ocupado por casas, calles, actividades productivas e individuos de muy distintas tipologías; se insertan agrupaciones sociales, tradiciones y esquemas culturales; incluso, en algunos casos, llegan a dominar la organización social y productiva, ejerciendo un mayor grado de control en la manera como el espacio rural es apropiado por ellos o por otros y en las decisiones políticas de la comunidad. Su habitar en el campo no solo puede ser visto en lo local, sino también en la urdimbre que los conecta con lo global y directamente con la imagen digital y el poder.

Por lo tanto, es necesario analizar la imagen como una herramienta que facilita la dominación del espacio rural a partir del fomento de representaciones que aluden a la crítica de lo urbano, aunque finalmente permitan su reproducción. Así como aduce Rabinow (2008), cuesta ver cómo ciertas prácticas pueden contener la posibilidad de una crítica del capitalismo de consumo, cuando ellas mismas corporizan tantos de sus rasgos centrales. De ahí que las imágenes digitales permiten a los neorrurales negociar con formas específicas de poder, autonomía, identidad y, sobre todo, representación.

En este sentido, como señala Huffschmid (2012, p. 380), las complejas relaciones entre representación, poder y espacio demandan un desplazamiento del espacio y la imagen hacia los modos de apropiación, uso y representación, lo cual se refiere al espacio como constructo social y relación, más que como insumo. Más allá de la mera materialidad, el espacio y los objetos dispuestos específicamente en este tienen múltiples y heterogéneos significados para las personas, que se vinculan con sus expectativas personales y la identidad de quien recibe las imágenes.

La cuestión central consiste en el desafío de teorizar e investigar la articulación entre representación, poder y medios. Esta premisa, sin duda, abre caminos para dar cuenta de la manera en que movimientos como el neorrural están vinculados con procesos globales mediados y constituidos localmente. Además, abre puertas para analizar las perspectivas del mundo rural que son representadas y cómo, a su vez, estas decretan mecanismos de manejo del espacio rural que dependen de relaciones asimétricas de poder.

A manera de cierre, el espacio rural y la ruralidad en la actualidad funcionan como un objeto de percepción, manipulado más en el ámbito de la representación que en el de la realidad material. La ruralidad en la actualidad puede, en parte, ser una representación social construida, a partir de distintos referentes inexistentes en lo real y magnificados por el poder. Lo interesante es la manera como los desarrolladores urbanos circulan en los medios digitales imágenes en torno a una ruralidad arquetípica de "buenos campesinos", depósitos de tradición y espacios de conservación ambiental, que son consumidas y catalizadas a través de la experiencia de vida y expectativas de futuro de los individuos y colectivos socioculturales, para construir a partir de allí, escenarios de práctica y representación, medidas de crítica o reproducción de la vida urbana.

En esta primera aproximación, por tanto limitada, intenté abrir nuevos interrogantes en torno al papel de la tecnología y la imagen digital en los procesos de migración y usos del espacio rural novedosos. Esto, por supuesto, está inserto en el contexto de las dinámicas sociales contemporáneas, signadas por el flujo acelerado de información y la organización en redes. Por último, no está de más insistir en que este tema-problema amerita un abordaje a partir de dinámicas particulares, que permitan analizar el cambio en la experiencia humana en relación con el espacio rural en este momento histórico, en el que las ciudades se caracterizan por los altos índices de contaminación y rutina, por lo que sus habitantes buscan decididamente nuevos



Figura 4. Ruralidad



Figura 5. Publicidad condominio rural

espacios, entre ellos el rural, para desarrollar allí una expectativa de vida, incluso a la manera de la utopía de Tomás Moro, para terminar viviendo como un cosmopolita en el espacio rural.

Referencias

- Baudrillard, J. (1978). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairos.
- Belting, H. (2007). *Antropología de la imagen*. Buenos Aires: Katz.
- Castells, M. (1994). *Flujos, redes e identidades: una teoría crítica de la sociedad informacional*. En AA.VV., *Nuevas perspectivas críticas en educación*. Buenos Aires: Paidós.
- Escobar, A. (1994). Welcome to Cyberia: Notes on the anthropology of cyberculture. *Current Anthropology*, 35 (3), 211-231.
- Foucault, M. (1981). *Esto no es una pipa, ensayo sobre Magritte*. Barcelona: Anagrama.
- Harvey, D. (1990). *The condition of postmodernity: An enquiry into the origins of cultural change*. Cambridge y Oxford: Blackwell.
- Hine, C. (2004). *Etnografía virtual*. Barcelona: UOE.
- Huffschnid, A. (2012). Los riesgos de la memoria: lugares y conflictos de memoria en el espacio público. En A. Huffschnid y V. Durán (Eds.), *Topografías conflictivas: memorias, espacios y ciudades en disputa* (pp. 369-388). Buenos Aires: Nueva Trilce.
- Jameson, F. (1991). *Ensayos sobre el posmodernismo*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Lacan, J. (1956). *Lo simbólico, lo imaginario y lo real*. Recuperado el 27 de noviembre de 2014 de <http://www.edipica.com.ar/archivos/jorge/psicoanalisis/lacan3.pdf>
- Lash, S. (1997). *Sociología del posmodernismo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- León, M. (2002). Representaciones sociales: actitudes, creencias, comunicación y creencia social. En *Psicología Social*. Buenos Aires: Prentice Hall.
- Nogue i Font, J. (abril-junio de 1988). El fenómeno neorrural. *Revista Agricultura y Sociedad*, (47), 145-175.
- Rabinow, P. (2008). *Marking time on the anthropology of the contemporary*. Princeton y Oxford: Princeton University Press.
- Rivera, J. M. (2009). La neorruralidad y sus significados. *Revista Internacional de Sociología*, 67 (2), 413-433.
- Schuster, F. G. y Althabe, G. (Comps.). (1999). *Antropología del presente*. Buenos Aires: Edicial.

Notas

¹ En este sentido, Fredric Jameson argumenta que el advenimiento de la “sociedad de consumo”, “sociedad de la información”, “sociedad electrónica” o de la “alta tecnología” que domina nuestros días, indica una nueva formación social que ya no obedece a las leyes del capitalismo clásico, esto es, la primacía de la producción industrial y la omnipresencia de la lucha de clases (1991, p. 24). Asimismo, el planteamiento respecto de la sociedad de redes soporta su trabajo en la construcción argumentativa de que “las redes constituyen la nueva morfología social de nuestras sociedades y la difusión de la lógica de las redes modifica de manera sustancial el funcionamiento y los resultados de los procesos de producción, experiencia, poder y cultura” (Castells, 1994, p. 500).

² Jaques Lacan, con el propósito de analizar el proceso de registro psíquico, como el que se desarrolla a partir de la percepción de las imágenes provenientes del exterior, apela a la figura de lo que llama un tópico, constituido por lo real, lo imaginario y lo simbólico. Textualmente señala: “[...] el problema de la constitución temporal de la acción humana es absolutamente inseparable de la relación de lo simbólico y de lo imaginario” (1956, p. 8). Las imágenes y los símbolos acuden incesantemente a la constitución de lo real.

³ Las representaciones sociales no son simples opiniones o actitudes respecto de algún objeto o espacio, según Sergei Moscovici, son “teorías, áreas de conocimiento para el descubrimiento y organización de la realidad [...] Sistemas de valores, ideas y prácticas con una doble función; primero, establecer un orden que le permita a los individuos orientarse en un mundo material y social y dominarlo; y segundo, permitir la comunicación entre los miembros de una comunidad al proveerlos con un código para el intercambio social y para nombrar y clasificar aspectos de su mundo y de su historia individual y grupal” (citado en León, 2002, p. 369).

⁴ Es interesante la manera como los planteamientos de Ferdinand Tonnies han tenido eco hasta nuestros días. La idealización de lo rural condensada en las imágenes digitales promovidas por los desarrolladores urbanísticos se apoya en la clásica dicotomía comunidad-sociedad, emparentada con las visiones románticas de lo rural. De ahí que atributos que señalan el lugar de la reciprocidad, el intercambio, el afecto y la vida sencilla se imprimen en las imágenes digitales.